

pronto la fortuna de Napoleon y la de Francia. Pero era un error de José creer que solo necesitaba millones de francos y no miles de hombres, pues le hacian falta dinero y soldados; era ilusion suya creer que podia ejercer el mando con un gefe de estado mayor complaciente, pues hubiera tenido que acomodarse á un verdadero gefe de ejército, á un gefe como el general Suchet, hábil para mezclar la guerra cuerdamente dirigida á la administracion recta y á la política conciliadora; hubiera tenido en suma que acomodarse á un Vendoma, es decir á Massena, haciendo la guerra á los ingleses para expulsarlos, mientras Suchet la hiciera á los españoles para sojuzgarlos y atraerlos.

Habia, pues, mucha verdad y algo de error en el sistema de José, y esto bastaba para que Napoleon tornara á comenzar sus implacables burlas contra las pretensiones de su hermano (1), para que repitiera, como lo habia dicho tantas veces, que José se empeñaba en tener el mando, que se creia general, que se figuraba que para serlo bastaba no estar desprovisto de talento, montar á caballo y hacer algunas señales de mando; que sin embargo

(1) Tampoco aqui forjo discursos á mi antojo. Cuando Mr. Roederer volvió de Madrid tuvo Napoleon con él conversaciones chispeantes de talento y de genio, en las cuales dijo mas injuriosamente y mas á la larga lo que vamos á presentar en compendio. Mr. Roederer que escribia cotidianamente cuanto veia y oia, trasladó al papel estas conversaciones en el momento en que se verificaron, y cotejándolas, gracias á habérmelas proporcionado su familia, con las cartas de Napoleon, podemos puntualizar las ideas de este. Ademas hizo escribir á Mr. de Laforet, nuestro ministro en Madrid, las mas de estas cosas.

se engañaba mucho; que podia suceder asi respecto de muchos generales estúpidos puestos al frente de los ejércitos para su baldon y su ruina, pero no de generales verdaderamente idóneos para guiar soldados; que para mandar era menester reunir, á una inteligencia vasta y profunda, un gran carácter, un trabajo obstinado y una atencion continua á los mas mínimos detalles; que él tenia los estados de sus tropas sobre su mesa y los tenia siempre; que estas eran sus lecturas favoritas; que, al acostarse los dejaba á alcance de su mano, y de noche los hojeaba cuando no dormia; que, gracias á esta disposicion natural de espíritu y de carácter, á esta aplicacion incesante, á una experiencia inmensa, podia mandar y ser obedecido, porque tenian confianza en él sus soldados; pero que á José no le habia hecho Dios general; que era afable é ilustrado, pero indolente; que necesitaba placeres y poco trabajo; que los hombres adivinaban instintivamente estas disposiciones, y si se le confiaba la direccion de los ejércitos franceses, nadie se creeria mandado por tal caudillo; que detrás de él se veria siempre al oficial encargado de aconsejarle, y que nadie obedeceria porque se reirian del rey general y se tendrian zelos del general rey que ejerciera realmente la autoridad suprema; que de consiguiente nada mas podia conferirle que el mando del ejército del centro, extendiendo su accion á veinte ó treinta leguas de Madrid; que lo que es dinero no tenia, y sus hermanos no cesaban de pedirselo á pesar de reinar en los países mas ricos de Europa; que España tenia bastante para suministrar á todo el mundo; que si José sabia administrar, hallaria recursos de sobra; que

bien habia sabido proporcionarse dinero para darlo á sus favoritos, para construir residencias reales y para ostentar un lujo inútil segun el estado de sus negocios; que, si España padecia, infortunio era contra el cual no tenia remedio; que tambien padecian los soldados franceses, y que la guerra era guerra; que si los españoles estaban cansados de padecer, no tenian mas que rendirse; que eran ridiculas las pretensiones de José respecto de la bondad y el arte de seducir á los pueblos; que no lo era menos la esperanza de hacer con millones de francos lo que no hacia con miles de hombres; que, si le enviaba dinero y retiraba las tropas, muy pronto el dinero seria comido, y José llevado con su corte vergonzosamente á Bayona por algunas bandas armadas; que se necesitaban muchos soldados, mucha energia y hasta terror para vencer la resistencia de España; que el terror produciria la sumision y que, efectuada esta, se seguiria la buena administracion debida á todos los pueblos; que, unida España á su nuevo rey por estos medios, seria llegada la hora de que José se hiciera adorar, si era tan hábil como presumia, etc.

No mirando Napoleon sino por el lado ridiculo las pretensiones de su hermano, no respondia de buena fé, pues era sobrado perspicaz para no conocer lo que habia de verdad en lo que se le ponía de manifiesto; pero no podia cambiar de sistema, ni conceder á la guerra de España lo que se habia puesto en la necesidad de dedicar á la guerra de Rusia; de consiguiente queria seguir sosteniendo la guerra de España poco mas ó menos con los mismos recursos, esperando que con exigir mucho de los hombres harian quizá como el

caballo á quien se obliga, y darian mas de lo ordinario; que con menos recursos se triunfaria mas lentamente, pero se triunfaria al cabo, y que en todo caso, si no se triunfaba, triunfaria él por todos, y que sus victorias á orillas del Boristenes suplirian á las que no se alcanzaran junto á las márgenes del Tajo. ¡Pensamiento funesto, nacido en su mente por hallarse á distancia de los lugares sobre los cuales versaban sus ratiocinios y del aturdimiento algo voluntario de su harto grande fortuna!

Siendo tal la disposicion de ánimo de Napoleon, el viage de José, realizado para persuadirle de lo indispensable de adoptar otra conducta respecto de España, no debia producir ningun resultado, pudiendo á lo sumo proporcionar algunos paliativos que nada alteraran lo sustancial de las cosas. Pasados los primeros arranques, Napoleon, que no era duro sino de pronto y que por otra parte queria á sus hermanos, se acomodó á ciertos cambios mas bien de forma que de esencia. Siempre quedó José reducido al mando del ejército del centro, aunque ejerciendo la autoridad civil, judicial y política en todas las provincias. A los generales ordenó que le respetaran como rey y como soberano, cuyas provincias estaban ocupadas temporalmente por las necesidades de la guerra. Solo si José tenia la tentacion, poco probable, de ir á donde se hallara cualquiera de los ejércitos de la Península, se le reconoceria por gefe. Ademas, reconociendo la utilidad de acrecentar su influencia sobre las provincias del Norte, por entre las cuales pasaba la línea de comunicacion con Francia y donde habia muchas gentes cansadas de su-

frir y dispuestas á rendirse, ofreció Napoleón á José que el mariscal Jourdan iria en reemplazo del mariscal Bessieres, duque de Istria. Toda la dificultad estribaba en inducir al mariscal Jourdan á volver á España y á recibir un cargo de Napoleón, por quien no era amado y á quien no amaba, rechazando su inmoderado sistema en todo.

Relativamente á dinero, José hubiera necesitado para pagar á sus empleados en la capital y en las provincias del centro, para proveer á los gastos de su casa y de su guardia española, cuatro millones mensuales, y esto sin prodigalidad, pues ya nada le quedaba del papel del Estado que habia tenido á su disposicion á los principios de su reinado, y del cual habia destinado algunas partidas (á decir verdad poco importantes) á sus hechuras y á una de las residencias reales. Una vez se vió obligado á vender la plata de su capilla para pagar su casa. De los cuatro millones mensuales que le hacian falta, apenas recibia uno viéndose reducido á los arbitrios de Madrid por toda renta, y faltándole de consiguiente cuatro. Napoleón consintió en otorgarle un subsidio de un millon al mes y en cederle la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales en todas las provincias de España. Con esta cuarta parte debia bastar al parecer para completar los cuatro millones de que José tenia necesidad imprescindible. Pero, dejando á menudo los generales sin sueldo á sus tropas, y costándoles el mayor trabajo abrir paso á un correo ¿qué probabilidad habia de que quisieran distraer millones de sus cajas y pudieran despacharlos por medio de España? En rigor, el general Suchet podia hacerlo, aunque despues

de sustentar ampliamente á sus soldados necesitara dedicar el remanente de las rentas del país á las necesidades de su provincia: lo podia hacer sin embargo, y se verá que lo hizo en efecto, pero él solo, porque ninguno de los demas quiso ni pudo (1).

Sea como quiera, estos fueron los recursos rentísticos con que se gratificó á José. Respecto de la integridad territorial de España, hizo uso Napoleón del lenguaje mas evasivo. Dijo á José que deseaba mucho dejarle su reino tal como era, si bien habia necesidad de intimidar á los españoles, inspirándoles el temor de perder algunas provincias, si persistian en la resistencia, y que por lo demás Francia, si la guerra llegaba á ser mas larga y mas costosa, queria naturalmente una indemnizacion de sus sacrificios. Hasta le aconsejó que, lejos de procurar que se tranquilizaran los españoles, debia mas bien valerse de este temor como de un recurso; recurso bien extraño para con gentes que mas necesitaban ser aplacadas que asustadas. A mayor abundamiento, no queriendo que se renovara otra escena de familia con el rey de España como la ocurrida con el de Holanda, que tuviera una abdicacion por desenlace, Napoleón procuró dulcificar las penas de José, animarle, darle esperanzas; le dijo que enviaba á la Península una reserva imponente; que despues de haber tomado Suchet á Lérida, Mequinenza y Tortosa, se apoderaria de Tarragona y de Valencia; que, terminada esta conquista, se podria llevar un ejército al

(1) Todo esto está extractado de la correspondencia del mismo José con el príncipe Berthier y con Mr. de Laforet.

Mediodía; que entonces el ejército de Andalucía podría dar ayuda al de Portugal, actualmente ocupado en reorganizarse, y que uno y otro, aumentados con la reserva que estaba pasando á la sazón los Pirineos, volverían á empezar por el otoño una campaña contra los ingleses, que sería mas feliz que la anterior segun todas las probabilidades; que así dentro de breve plazo podría ser la Península conquistada; que por sí mismos cesarian los mandos militares; que entonces volvería José á poseer la plenitud de la autoridad real para ejercerla como le pareciese; extrañas y funestas ilusiones, que Napoleon acariciaba sin duda, pero no tanto como decia, porque en su sentir la España importaba poco, y todo lo que no saliera bien al Mediodía del continente, hallaria su reparacion en el Norte.

Aunque disgustado José de este trono, donde sus ojos no veían mas que espantosas miserias, no queriendo tampoco una escena de familia, de cuyas resultas abandonara nuevamente Napoleon á uno de sus hermanos y volviera él á la vida privada, de la cual amaba la calma, pero no la modestia, pagóse de lo que se le ofrecia y tomó la vuelta de España, menos apesadumbrado sin duda de lo que fué, bien que poco alentado con las promesas de Napoleon vagas hasta lo sumo.

Al cruzar Vitoria, Burgos, Valladolid, balló á los habitantes mas infelices aun de lo que les habia dejado, nada que les tranquilizara pudo decirles sobre las provincias del Ebro ni sobre los demas asuntos de sus preocupaciones habituales, les dió no mas que lo que á él se le habia dado, promesas insignificantes, y para librarse de cuestiones ino-

portunas, aceleró su viage á Madrid, donde habia empeorado todo desde su partida. La única ventaja real traída de París era la promesa de un millon mensual en metálico enviado de Francia. Dos de estos millones habian ya vencido: uno se habia consumido en París en gastos de representacion y de viage, otro debia llegar con los convoyes militares, y no habia llegado: la cesion hecha á José de la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales no podía pasar de una quimera, y como de costumbre no le quedaban mas que los arbitrios de Madrid cada dia mas mermados. Así la casa real, la guardia española, los empleados no habian recibido un maravedí durante la ausencia de José. Para colmo de desventura la horrible sequia que tan mala cosecha produjo en todo el continente, se hizo tambien sentir en España, y el pan en Madrid estaba tan caro que reducía al pueblo á una verdadera hambre. Así que José no regresó á su capital mas que para presenciar el espectáculo mas afflictivo. A París comunicó sus penas en términos mas amargos aun que los que rebosaban en su correspondencia anterior á su viage. Pero ocupado entonces Napoleon en el objeto que absorbía su atencion toda, no queria oír cosa alguna, y el único recurso que pensaba conceder á la España, se reducía á la reserva de Italia, en marcha ya hacia los Pirineos.

Siendo tal el estado de las cosas, lo mejor fuera emplear esta reserva en consolidar la posicion de los franceses y en formar, reuniéndola al ejército de Portugal, una masa capaz de contener á los ingleses, de disputarles alternativamente Badajoz ó Ciudad-Rodrigo, y de impedirles hacer en la Pe-

nínsula progreso alguno, mientras Napoleon resolvía en el Norte todas las cuestiones que habia trasladado á aquel punto. La fatal expedicion de Andalucía, que el mariscal Soult habia deseado tanto para borrar el recuerdo de la de Oporto, y José para extender su autoridad real á un pais nuevo, que nos habia frustrado la toma de Cádiz y de Lisboa por Badajoz, cuya conquista no decidia nada, que nos habia hecho descuidar el objeto principal de esta guerra, dispersando inutilmente los ochenta mil hombres que hubieran bastado para expulsar á los ingleses, nos hubiera debido servir de leccion, y ya que no se retrocediera de Andalucía á la Mancha, lo cual de cierto fuera mas prudente mientras Napoleon iba á engolfarse por el Norte, se necesitara contenerse en el limite del pais conquistado y establecerse allí sólidamente. Hubiera podido el general Suchet conservar á Aragon y hasta tomar á Tarragona, de donde sacaba sus recursos la insurreccion de Cataluña: hubiera podido el mariscal Soult, sin apoderarse de Cádiz, conservar la Andalucía: finalmente el ejército de Portugal, reforzado con la reserva ya en marcha, hubiera podido seguir todos los movimientos de lord Wellington sobre Ciudad-Rodrigo ó Badajoz para frustrarlos. Pero Napoleon no lo entendia de este modo: juzgando siempre las cosas desde lejos; suponiéndolas como le placia imaginarlas; creyendo que José pedia dinero no mas que para disiparlo, que sus generales no pedian refuerzos mas que por la costumbre de pedir siempre mas de lo que les hacia falta, se habia persuadido de que, cediendo al general Suchet parte de la reserva, éste se hallaria en proporeion de conquistar á Va-

lencia, luego de tomada Tarragona y que, despues de conquistada Valencia, le seria fácil adelantarse hasta Granada, y que desembarazado asi el mariscal Soult por esta parte quedaria libre para trasladarse á Extremadura y que, unido al ejército de Portugal, reforzado con el resto de la reserva, podria contribuir á arrollar á los ingleses hácia Lisboa. Como Napoleon no pensaba llamar á la guardia ni á los polacos hasta entrado el invierno, creia que, llegando la reserva á España á principios de verano, habria tiempo, durante el otoño de adelantar mucho los negocios de España y de conquistar casi toda la Península, excepto Portugal, antes que él partiera para Rusia. Tales fueron las nuevas ilusiones sobre las cuales fundó el plan de operaciones para fines de 1811.

Pero mientras llegaba á España la reserva y el general Suchet trataba de apoderarse de Tarragona, situado el mariscal Soult en Llerena, á la vista de Badajoz, pedia auxilio para salvar esta plaza que se hallaba á punto de sucumbir á pesar de su heroica defensa.

Compañero de armas generoso el mariscal Marmont, y anheloso ademas por distinguirse á la cabeza del ejército de Portugal, nada perdonaba por volar en socorro de Badajoz. Aun cuando Napoleon le hubiese encargado especialmente que no emprendiera cosa alguna hasta que su ejército se hallase repuesto, medianamente equipado y provisto de caballos, no vaciló en emprender la marcha tan luego como satisfizo las necesidades mas urgentes de los soldados. Sabiendo que, unido al mariscal Soult seria siempre numericamente fuerte de sobra, cuidóse mas de la calidad que de la can-

tividad de las tropas que llevaba consigo. A setecientos hombres hizo subir todos sus batallones, haciendo ingresar en ellos lo mejor de los cuadros, y dejando los cuadros vacíos en Salamanca para que allí se rehicieran con los enfermos restablecidos y los reclutas que llegaran de Francia. Así redujo su ejército, que después de la batalla de Fuentes de Oñoro no pasaba de cuarenta mil hombres, á unos treinta mil combatientes, tres mil de ellos de caballería. Con los caballos que pudo proporcionarse reunió tiros para treinta y seis bocas de fuego. Poco era, pero no se podía más en el estado de las cosas. Suprimió la distribución en cuerpos de ejército, huela bajo Napoleón, que podía confiarlos á mariscales y hacerse obedecer de estos grandes dignatarios; pero mala, embarazosa, poco manejable para un simple mariscal que solo tenía á su disposición unos treinta mil hombres. Se substituyó la formación en divisiones y confiolas á los mejores lugartenientes generales; no conservó más que á Reynier de los antiguos gefes de cuerpo, á fin de tener en caso necesario un lugar-teniente capaz de suplirle, dió además licencia á todos los oficiales cansados ó de mala voluntad, y después de dar algo de disciplina y de vigor físico á sus tropas con un mes de descanso y buen alimento, determinó responder á las apremiantes instancias del mariscal Soult y ejecutar su movimiento sobre Extremadura, bajando por el puerto de Baños al Tajo, cruzando el río por Almaraz y adelantándose por Trujillo hácia el Guadiana. Previendo el trabajo con que habria de vivir en el empobrecido valle del Tajo, sobre todo en el mes de junio, hizo que se pidiera al Estado mayor de José el envío por el Tajo

á Almaraz de tres á cuatrocientas mil raciones de galleta, con un tren de puente, que sabia que se guardaba en Madrid, á fin de que no le detuviera el río.

Tomadas estas precauciones, recurrió á una estratagema para deslumbrar á los ingleses y detenerlos delante de Ciudad-Rodrigo, mientras marchaba á Badajoz. Con este designio dispuso que se prepararan algunos viveres como si quisiera únicamente avituallar á Ciudad-Rodrigo, y se trasladó allá en efecto el 5 de junio con su vanguardia y parte de su cuerpo de batalla, mientras que Reynier, con el resto del ejército, que eran dos divisiones, trasponia el puerto de Baños, bajaba al Tajo, y por medio del material enviado de Madrid, preparaba en Almaraz el paso del río. El general Spencer, que habia quedado junto al Agueda con algunas tropas inglesas y portuguesas en ausencia de lord Wellington, el cual habia llevado bajo los muros de Badajoz tres divisiones, era incapaz de hacer frente al ejército francés, y ni siquiera pensó en ello. Replegóse, pues, á la vista de las avanzadas del mariscal Marmont, quien se pudo comunicar sin dificultad con Ciudad-Rodrigo é introducir allí los pocos viveres que habia llevado. Terminada esta operacion felizmente, retrocedió el mariscal al punto y uniósse al general Reynier junto al Tajo, sin que le detuvieran las objeciones del mariscal Bessieres, á cuyos ojos este movimiento del ejército de Portugal era prematuro, muy peligroso hasta para el Norte de la Península, interin no entrara en Castilla una gran parte del cuerpo de reserva. A pesar de todo, el mariscal Marmont persistió en sus resoluciones y siguió su marcha hácia Extremadura.

Hora era de que asomara delante de Badajoz, porque esta plaza iba á sucumbir si no se acudia prestamente en su ayuda. Aun cuando el general Drouet con el noveno cuerpo, que recibió órden para trasladarse á Extremadura despues de la batalla de Fuentes de Oñoro, se habia incorporado al mariscal Soult, no contaba éste aun con tal refuerzo mas de veinte y cinco mil hombres sobre las armas, y no se atrevia á aventurar un combate con el ejército inglés, que ascendia lo menos á cuarenta mil soldados despues de la llegada de lord Wellington con tres divisiones. Ni aun siquiera podia hacer llegar á los infelices sitiados la noticia de que iban á ser socorridos, hallándose muy bloqueados; pero éstos, resueltos á perecer con las armas en la mano, no querian ceder ni á las amenazas de asalto, ni á los asaltos mismos, y antes que rendirse habian adoptado el partido de sepultarse bajo las ruinas de la plaza, sumiendo tambien á cuantos ingleses pudieran en ellas. Realmente en la guerra de asedios, tan fecunda para los franceses en hechos admirables, nada supera á la conducta de la guarnicion de Badajoz durante los meses de abril, mayo y junio de 1811.

Despues de sostener el primer asedio desde el 26 de abril al 16 de mayo, fecha de la batalla de la Albuera, y de haber estorbado durante este tiempo con un fuego siempre superior los aproches del enemigo, que habia perdido mil hombres sin lograr abrir brecha; despues de haber sido embestidos nuevamente de resultas de la batalla de la Albuera, sin haber podido recibir un hombre, ni un saco de grano, esta valerosa guarnicion fué asediada desde el 20 de mayo por un ejército de cua-

renta mil hombres y atacada á muerte. Lamare, gefe de batallón de ingenieros, que dirigia los trabajos de defensa, cuidó de restaurar y de completar las obras del puente de Pardaleras, de cerrarlo por la gola, y de abrir galerías de minas delante de los frentes que eligieron los franceses, cuando conquistaron á Badajoz por punto de ataque.

Avisados los ingleses, no osaron impulsar sus esfuerzos por este lado, y los dirigieron hácia el Este contra el castillo, y hácia el Norte contra el fuerte de San Cristóbal, situado, segun se ha dicho, á la orilla derecha del Guadiana. Retenidas por una presa las aguas del Rivillas, fueron un poderoso medio de defensa para el castillo. Por desgracia se hallaba construido en una parte saliente del terreno y presentaba sus flancos al descubierto á la artillería inglesa. Batiéndolo ésta sin descanso con mas de veinte bocas de fuego, habia demolido sus almenas y su revestimiento exterior del todo; pero teniendo en aquella parte mucha consistencia las tierras, se habia conservado el escarpe, y quitando escombros del pie de las brechas bajo un fuego continuo de metralla, granadas y bombas, las hicieron impracticables. Además, el comandante Serrate habia levantado una trinchera interior detrás de la brecha, y dispuesto en los flancos artillería cargada de metralla, mientras el general Philippon, apostado en este punto con sus mejores tropas, aguardaba á los asaltadores para recibirlos con las puntas de sus bayonetas. A vista de esto, cambiaron de plan los ingleses y concentraron contra el fuerte de San Cristóbal toda su furia hácia el otro lado del Guadiana. Atacando este fuerte por el bastion de la derecha, abrieron

alli dos anchas brechas y resolvieron asaltarlas antes de llevar sus aproches hasta el borde del foso. Ciento cincuenta hombres de infantería y algunos soldados de artillería y de ingenieros defendian á las órdenes del capitán Chaubin del 88.º el bastion amenazado. Despues de limpiar de escombros los sitiados, á imitacion de los del castillo, el pie de sus muros con singular arrojó bajo el fuego de los contrarios, erizaron el fondo del foso con obstáculos de toda clase, dispusieron una linea de bombas en lo alto de cada brecha, asestaron sobre los flancos muchas bocas de fuego cargadas de metralla, y detrás colocaron una linea de granaderos, cada uno con tres fusiles. Saliendo atrevidamente de sus trincheras setecientos u ochocientos ingleses la noche del 6 de junio, y atravesando algunos centenares de toesas al descubierto, avanzaron hasta el foso, viéronse obligados á saltar dentro, por no estar demolida la contraescarpa, y trataron de escalar la brecha; mas cogidos de frente por el fuego de la fusilería, y de flanco por el de la metralla, y rodando por entre sus pies las bombas, no pudieron vencer tantos obstáculos y se declararon en fuga, dejando en los fosos del fuerte de San Cristóbal trescientos hombres entre muertos y heridos.

Como la valerosa guarnicion apenas tuvo mas que cinco ó seis heridos, se hallaba entusiasmada y deseaba ardientemente la ocasion de empezar de nuevo. Llena de asombro estaba la poblacion, cruelmente tratada por el fuego del enemigo, y habiendo casi acabado por adherirse á los franceses, cuyo triunfo podia únicamente salvarla de los horrores de la toma de la ciudad por asalto. Ven-

gáronse los confusos é irritados ingleses abrumando los dias siguientes á la poblacion con proyectiles incendiarios y tratando de agrandar las brechas del fuerte de San Cristóbal con poderoso refuerzo de artillería. Efectivamente, el 9 de junio intentaron de nuevo y con igual bizzarria asaltar las dos brechas. Doscientos hombres del 23.º las defendian á las órdenes del capitán Joudion y el sargento de artillería Brette, y se tomaron las mismas precauciones para imposibilitar el acceso. A media noche se lanzaron los ingleses de sus trincheras á los fosos y escalaron los escombros de las murallas; pero derribándoles nuestros granaderos á fusilazos hasta el pie de las brechas, y cayendo en seguida á la bayoneta sobre ellos, hicieron una espantosa carniceria. Algunos centenares mas de ingleses pagaron con la vida esta tentativa infructuosa.

No habia peligro que intimidase á esta guarnicion exaltada. Por desgracia los viveres la iban faltando, se hallaba extenuada por la fatiga y las privaciones, y se temia que sucumbiera á la necesidad, ya que no á los golpes del enemigo. Pero la aproximacion de un ejército de socorro, de que no pudo tener noticia, fué conocida por lord-Wellington, siempre exactamente enterado de nuestros movimientos, y sabedor el 10 de junio de la marcha del general Reynier sobre el Tajo, resolvió levantar el sitio y comenzó á alejarse de la plaza. Una razon especial contribuia á que se doblara á tal sacrificio. Se le habian agotado las municiones de guerra que juntó en Elvas, y necesitaba emplear sin demora todos sus medios de trasporte para ir las á buscar á veinte y cinco leguas de dis-



tancia, es decir, á Abrantes, principal depósito del ejército británico.

Muy despechado lord Wellington de haber perdido inútilmente dos mil hombres de sus mejores tropas junto á Badajoz, y de haber salido mal dos veces delante de esta plaza, defendida por un puñado de franceses, levantó sucesivamente todos sus campamentos el 13 y 14 de junio, se retiró el 17 sobre el Caya, y fué á arrimarse á las montañas de Portalegre en una posición defensiva bien elegida, como tenia costumbre de hacerlo delante de los impetuosos soldados franceses.

Viendo la valiente guarnición desaparecer los diversos campamentos del enemigo uno tras otro, sospechó lo que acontecia, y pronto supo con transportes de júbilo, en que la poblacion tomó parte, que gracias á su denuedo y á los socorros que estaban á punto de llegarle, iba á salir vencedora de este segundo sitio como del primero. Efectivamente, el mariscal Marmont, despues de perder algunos dias junto al Tajo, por la escasez de medios para cruzarlo, no habiéndosele podido enviar mas que parte de lo que habia pedido, atravesólo al fin, traspuso las montañas de Trujillo y entró en Mérida el 4 de junio, incorporándose al mariscal Soult el mismo dia. Este le dió gracias con mucha efusion por el socorro que le llevaba, y sin el cual hubiera pasado por la afrenta de ver como le quitaban á Badajoz, único y peligroso trofeo de dos años de guerra en Andalucía.

Contando los dos mariscales mas de cincuenta mil hombres, entraron en Badajoz el 20 de junio, felicitaron á la heroica guarnición, que tan valerosamente habia defendido la plaza fiada á su de-

nuedo, distribuyeron recompensas, harto merecidas, y llevaron sus avanzadas hasta muy cerca de donde estaban los ingleses, que á la vista del ejército combinado, se encerraron cuidadosamente en su campamento. Si este hermoso ejército, que, exceptuando el del mariscal Davout, no tenia par en Europa, pues se componia de los veteranos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y á sus largas campañas acababa de añadir tres años de formidables pruebas en España; si este hermoso ejército, desgraciado únicamente por culpa de sus gefes, estuviera mandado, no por dos mariscales, sino por uno, y este fuera Massena, de seguro marchara en busca de los ingleses é hiciera expiar á lord Wellington tantas victorias, debidas sin duda á su mérito indisputable, pero tambien á los errores y á las pasiones de sus contrarios. Mas dándose por venturoso el mariscal Soult con haberse librado del bochorno de que Badajoz cayera á su vista, no se hallaba dispuesto á arrostrar nuevos azares. Hacia su colega tenia el mariscal Marmont una incurable desconfianza (1), estando poco propicio á acometer en su compañía ninguna empresa. Por otra parte consideraba la marcha que habia ejecutado como un triunfo, y no lo queria comprometer exponiéndose á las contingencias de una batalla decisiva. Entonces no habia en el ejército francés otro Massena, en quien la presencia del enemigo inflamase aquel ardiente patriotismo militar que lo

(1) Las Memorias manuscritas del mariscal Marmont, destinadas á ver la luz pública algun dia, darán sobre este punto pormenores que creemos inútil reproducir ahora.

hace olvidar todo, para no pensar mas que en morir ó en aniquilar al adversario que se tiene delante.

De esta suerte los dos mariscales cometieron una de las faltas mas graves de aquel tiempo, deteniéndose con cincuenta mil hombres delante de cuarenta mil enemigos, entre los cuales solo veinte y cinco mil eran ingleses, no yendo á combatirlos. Algunos dias permanecieron en las cercanías de Badajoz antes de cubrir las necesidades de la plaza, de reforzar la guarnicion, de reparar las brechas abiertas en sus muros, de llenar los almacenes que habian quedado vacíos del todo. Notando el mariscal Marmont que el mariscal Soult no se ocupaba muy activamente en este último cuidado, dispuso que sus regimientos recolectasen el trigo ya maduro y lo llevasen á la plaza. Ya muchos habitantes se habian alejado de alli en la época del primer sitio; en visperas del segundo imitaron otros su ejemplo: el temor de que se renovara hizo que otros mas huyeran asimismo, y así la ciudad se halló desierta en mucha parte. No fuera este gran perjuicio, si la parte de poblacion allí permanente no figurara como la mas pobre, la menos capaz de alimentarse y la mas difícil de ser contenida. A mayor abundamiento, si el tercer sitio era probable, no estaba cercano segun todas las verosimilitudes, y la guarnicion, reforzada, tenia espacio para tomar sus precauciones y aprestarse á sostener una nueva prueba.

Pocos dias habia que estaban juntos los dos mariscales, cuando faltó poco para que hubiera una colision entre ellos. Ya hacia tiempo que el mariscal Soult se hallaba ausente de Andalucía.

Habiendo partido de Sevilla para venir á dar la batalla de la Albuera, obstinándose luego, y con razon, en mantenerse en posicion en Llerena, desde donde consiguió atraer una concentracion de fuerzas en Extremadura, hubiera querido circunscribir definitivamente el ejército de Portugal al círculo ordinario de sus operaciones, dejarle en custodia de Badajoz, descargarse así de esta parte difícil de su tarea, y finalmente, dedicarse con todas sus fuerzas al sitio de Cádiz, tan malamente abandonado, por emprender el de Badajoz. Natural era este deseo, pero, colocándose en el punto de vista elevado del conjunto de las cosas, no era razonable, pues el ejército de Portugal tenia por residencia precisa á Salamanca, por conquista que conservar á Ciudad-Rodrigo, por tarea esencial la defensa contra los ingleses de Castilla la Vieja, base de operaciones de todos los ejércitos franceses. Dentro de su órbita giraba, aunque en la extremidad de ella, cuando, siguiendo á los ingleses del Norte al Mediodia, llegó á disputarles la plaza de Badajoz; pero exigirle una residencia permanente en Extremadura, equivalia á hacer que descuidara lo principal de su tarea por lo accesorio. Con efecto, mientras custodiara á Badajoz y el mariscal Soult fuera contra Cádiz, no dejara lord Wellington de caer sobre Ciudad-Rodrigo (como lo hizo posteriormente de resultados de una falta harto semejante á la que se le aconsejaba en este momento), y cortara despues, sin mas que dirigirse á Valladolid, todas las comunicaciones de los franceses. Hay que añadir, que confinar al ejército de Portugal en torno de Badajoz, dejándole alli solo, era reducirle á la impotencia en que se

halló el mariscal Soult dentro de Llerena, y condenarle á la ignominia de ver á Badajoz caer en poder de los contrarios. Reducido á treinta mil hombres, como lo estaba actualmente, nada podia, y no tenia probabilidades de subir de este efectivo al de cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, sino retrocediendo al Norte y poniéndose en aptitud de juntar sus enfermos, heridos y fatigados que dejó en Salamanca. No era, pues, justo ni razonable exigir que se fijase en Badajoz ó en sus cercanías.

Estrechado el mariscal Soult por las cartas que recibia de Sevilla, presentóse una mañana en el cuartel general del mariscal Marmont á comunicarle sus apuros y sus deseos, causándole gran sorpresa y excesiva desconfianza. Dejar al mariscal Marmont solo en Badajoz, era exponerle al peligro de que le asaltaran por todos lados cuarenta mil hombres, sin mas que treinta mil que oponerles. Nada deseaba mas ardientemente lord Wellington, que aguardaba junto al Caya que uno de los dos mariscales se separara del otro para caerle encima. El mariscal Marmont, cuyo espíritu se hallaba muy prevenido contra el carácter de su colega, creyó ver en esta propuesta, además de una ingratitud inaudita, el deseo pérdido de exponer al ejército de Portugal á un descabro, y de resultas de este designio, supuesto muy gratuitamente, concibió un resentimiento profundo. Mucho exageraba los yerros de su colega, y como acontece á menudo, le atribuia cálculos que distaban de su mente. A la verdad, el mariscal Soult no pensaba ni por asomo en comprometer el ejército de Portugal, pues se comprometiera él

mismo, sino que deseaba descargar sobre él la parte mas ingrata de su tarea, sucediera lo que sucediere, y en seguida dedicarse de lleno á cuidar de sus propios negocios. Respondióle el mariscal Marmont, con acritud extremada, que si queria alejarse personalmente, dejando en Badajoz el grueso del ejército de Andalucía, nada era mas fácil, pues él quedaria para mandar los dos ejércitos reunidos, y que de lo contrario, partiria al punto, y no volveria á las márgenes del Guadiana hasta que estuviera seguro de hallar allí fuerza bastante para que, reunida á la suya, pudiera batir á los ingleses. Despues de decir esto al mariscal Soult, le escribió en términos secos y perentorios, é hizo sus preparativos de marcha.

Ya que no permanecieran juntos los mariscales para batir á los ingleses, nada mejor podian efectuar que poner á Badajoz en estado respetable de defensa, é ir despues cada uno por su lado á ocuparse en sus deberes esenciales. Con efecto, la presencia del mariscal Soult en Andalucía era urgente de todo punto, y solo pudiera excusarle de marchar allá sin demora una gran batalla ganada á los ingleses. Tambien el Norte de la Península exigia que el mariscal Marmont se aproximara hácia aquella parte. Por consecuencia de todo el mariscal Soult salió de Badajoz el 27 de junio con lo mas fuerte de su ejército para dirigirse á Sevilla, dejando solo al general Drouet de Erlon con dos divisiones y alguna caballeria para servir de cuerpo de observacion en rededor de aquella plaza. Falta fué y no pequeña, pues este cuerpo inútil si se alejaban los ingleses, insuficiente si permanecian hácia aquel punto, no podia menos de